



Hará cosa de dos años a esta fecha. Un buen día, como cualquier otro, en la grata compañía de un excelente amigo, tomamos el tren del altiplano.

El ferrocarril sale de Antofagasta por el sur, para dar una vuelta por la Cordillera de la costa, donde ésta se corta para dar salida al mar a la quebrada que da su nombre a la Provincia, al Departamento y a la ciudad.

Va faldeando el cerro con fuerte gradiente hasta el portezuelo, situado a 18 kilómetros más o menos. En este trecho se ha ascendido unos 550 metros verticales. De aquí, en amplia curva, vuelve casi directamente al norte, dirección que conserva casi hasta llegar al Salar del Carmen (kilómetro 38), donde toma un nuevo rumbo hacia el N. E., el cual continúa con poca desviación hasta el

kilómetro 320. La estación del Salar del Carmen se encuentra a 515 metros sobre el nivel del mar. Desde este punto comienza a subir con lentitud y de una manera progresiva hasta cruzar la Cordillera Oriente y el límite de Chile con Bolivia en Ollagüe a una altura de 3,696 metros.

Al pasar por Mantos Blancos (kilómetro 68) deja la falda del cerro y se interna en el desierto de Atacama, cuyo plan inclinado se halla interrumpido por numerosos cordones de montículos, en cuyas entrañas contienen tesoros minerales. Algunos de éstos, descubiertos y explotados en otros tiempos, tienen fama de ricos; pero la mayor parte yacen abandonados o desconocidos en espera de capitales extranjeros que los despierten de su letárgico sueño.

Cuando esto suceda, los hijos de Chile, levantarán otra vez el grito al cielo y clamarán diciendo que las riquezas del país son expoliadas; pero entretanto, nada hacen para evitarlo, prefiriendo invertir sus capitales y ahorros en negocios mineros bolivianos o de petróleo en la Argentina o en otras especulaciones que no sean nacionales.

Salimos a las ocho en punto de Antofagasta. Arena, mucha arena; un calor asfixiante que, después del medio día, hace irrespirable el tren y extiende una atmósfera de sopor en torno de nosotros. El convoy sigue metódica y rutinariamente, elevándose cansino por el mar de arena, hacia las montañas con entrañas de oro, plata, estaño y cobre, huyendo del mar azul verdoso de Antofagasta, hoy entregado a la disputa de las naciones...

En las estaciones se suelen decorar los fondos arenosos, festoneados de líneas rojizas, con las greguerías de las indias bolivianas, cuyos doce vestidos le dan aspectos de repollos gigantescos de colores múltiples. Repollos con

vida y coronados por cabezas híspidas, cerdosas. Se mueven pesadamente, como arrastrando una pereza secular. Falta no más una grúa que las levante.

El tren pitea y sigue su andar de ritmo lento y acompañado.

\* \* \*

Hay arena por todas partes y de vez en cuando se ven las chimeneas de las últimas salitreras, que se pierden en el confín borroso de la pampa...

Nos hallamos en el corazón del desierto de Atacama. Es ésta una de las regiones más inhospitalarias del mundo, en que no cae nunca la lluvia renovadora y vivificante en su vastedad calcinada.

Por todas partes hay arena y más arena, que se reemplaza, a trechos, por manchas pedregosas. Y las piedras de este desierto no se parecen a ningunas.

Están bruñidas y gastadas por la paciente obra de las arenas que, durante siglos, pulieron sus aristas y corroyeron sus contornos, movidas por el azote incansable del viento, verdugo de su carne pétrea.

Revisten las más extrañas formas. Algunas son delgadísimas como hojas laminadas que ha bruñido el sol rescaldante. Otras están aportilladas y tienen ojos como cuencos que verán la consumación de las edades. Las de más allá muestran un afilado perfil o son semi-lunares por un lado y romas y lisas por el otro, según su posición es más o menos expuesta. Las peñas y rocas, que se yerguen de trecho en trecho como cabezas de condenados, ostentan idéntico desgaste fantástico, presentando los más capri-

chosos contornos, afinados por la constante llovizna de partículas de arena que lanza el viento incansable contra su superficie. El eterno músico del desierto busca sus fallas y blanduras, que ahueca con paciente frotación milenaria, dejando sólo las partes más silicosas, más compactas y resistentes que, por fin, caen a los pies de su madre, cortadas en pedazos. Y ahí yacen semi-sepultas, mostrando aspectos y formas grotescas como quimeras e inverosímiles posturas de cansancio.

Durante el día un sol abrasador; un viento cálido arrasador de nubes de finísima arena que entra a los ojos, los oídos, las narices y la boca del viajero; la titilante refracción del suelo, que hace vibrar las capas atmosféricas en contacto con su superficie, mortifican y engañan la vista con repentinos mirajes de verdes campos y frescos manantiales inexistentes, son algunas de las molestias que soporta el viajero que cruza la árida y vasta ondulación del desierto.

No se ve un árbol que brinde la pompa de su follaje, ni siquiera una raquítica maleza que decore la inacabable y desolada planicie sinuosa. Ni un rancho ni un animal animan con una impresión de vida la soledad rescaldante. No hay un pájaro en el cielo tórrido, que abrume con su indiferencia sobre las rocas barnizadas de sol.

Ni agua ni verdura; tan sólo hay piedras y arena. Arena por todas partes y a lo lejos, cordones de cerros bajos, quebradas llenas de gujarros redondeados, silenciosos testigos de corrientes remotas que, en lejanas edades, vertían el vital elemento por estos cauces desecados que, por siglos y siglos, aguardan con angustia la liberación del

agua viva. Es la poesía del desierto: la silenciosa espera de lo que quizá no vendrá.

Estas orillas petrificadas yerguen sus flancos expectantes en mudo aguardar. Ellas vieron el agua fecundando sus lechos; ellas aún la esperan en retorno de vida.

Después de la puesta del sol, todo este panorama cambia.

El viento amaina su ímpetu, la arena descansa en su obra, para seguir con redoblada intensidad en la mañana siguiente.

Con las últimas claridades crepusculares, los cerros cercanos y las montañas nevadas del confín boliviano, se destacan nítidamente en el gris acerado del firmamento que, por instantes, cambia de matices, desde el azul marino y el purpúreo hasta el negro amoratado, de donde surgen las opacas siluetas de las rocas y serranías.

En el desierto se desconocen las noches completamente oscuras que se ven en las ciudades o en la costa.

Las miriadas de estrellas jamás dejan de derramar su luz tenue y débil, que espanta la lobrete y negrura espesa difundidora de inquietud y extraña angustia.

Nunca se ve una nube en el firmamento límpido; no hay tampoco vapores o emanaciones que empañen la tersura del cielo con la más leve bruma. No existe nada entre el cielo y la tierra, salvo una delgada capa atmosférica, cuya rarificación transparente y lúcida no obstruye, sino parece aumentar el esplendor del estrellado manto de la noche.

Pero, a medida que las horas avanzan, la tierra pierde el calor conservado en el suelo durante el tiempo en que estaba expuesto a la inclemencia tórrida del astro diurno;

y comienza entonces a soplar, en un comienzo con levedad espiritual, un vientecillo frío, que poco a poco se hace más penetrante hasta traspasar los huesos con sus agujetas de hielo, dejando entumecido al desgraciado a quien coge sin gruesos abrigos y algún refugio donde guarecerse.

Los raros seres que transitan por estos parajes, cuando son «baqueanos», escarban en la arena, al abrigo de una desnuda peña, para hacer un hueco en que tenderse medio sepultados, aprovechando así durante las primeras horas de la noche, el calor aprisionado en la tierra durante el día.

Hay ocasiones en que se levantan horribles tempestades de viento, que duran varios días. En estas épocas el desierto es intransitable. La arena vuela en nubes tan densas y con una fuerza tan impetuosa y cortante que el infortunado peregrino que se deja coger, es desollado vivo.

No puede librar la cara, las manos; toda superficie corpórea expuesta recibe el azote inmisericorde e irresistible del vítreo enemigo, acabando por ser cegado, sofocado o sepultado por este mar móvil y ahogador.

En estas jornadas aciagas, suele cambiar completamente la faz del desierto.

Las sendas quedan borradas y donde antes había quebradillas, ahora hay dunas en informe amontonamiento.

Cualquier pequeño obstáculo, una roca, una piedra, un cuerpo desecado de animal, un gran hueso calcinado, sirve para formar el núcleo de un nuevo montón de arena, de una nueva duna.

Y en medio de esta lluvia de arena que no cesa por un momento, el infeliz caminante sorprendido por las borrasca se turba, se pierde, desesperándose por fin y muriendo sepultado.

Esparcidos por la vastedad del desierto, se hallan los despojos óseos, blancos y pulidos, de numerosos seres humanos que han sucumbido en las terribles tempestades de arena. Representan los índices de la voracidad incansable del inmenso y móvil mar arenoso, cuyos islotes los forman las dunas.

Aún viajando en tren, mientras reinan estos ventarrones, se reciben sus desagradables efectos. La arena penetra por todas partes, cubriendo las cosas con sus finísimas capas y llegando hasta lo más recóndito.

La ropa se llena de menudo polvo y este impalpable y molesto enemigo se infiltra aún en las interioridades del cuerpo, irritando, molestando y causando sofocación. Pero aquí no acaba todo; después viene un frío intensísimo, que agrava las incomodidades. A veces también se tiene que detener el tren por largo rato, mientras se despeja la línea de los bancos arenosos que han cubierto la negrura de la vía.

A las cinco de la tarde, un leve frescor nos saca de nuestro aplanamiento, haciéndonos dejar las horchatas y otros refrescos. A las cinco y media se siente un aire vivificante. A las seis o poco antes, cambia la decoración brusca y casi fantásticamente. Aparece el Loa, cuyos contornos presuntuosos son los de una acequia grande que imita un río.

En el fondo se ven las luces rojas, clavadas en la montaña, de Chuqui, es decir, de Chuquicamata. Probablemente Chuqui, así apocopado, es más yankee; pues aquí en medio de esta semi barbarie y de estos peladeros arenosos, con festones rojizos, hay gentes que se creen en Texas o Arkansas, en las Montañas Rocosas y Arizona y quizá hasta en Alaska, cuando hace frío...

Nos hallamos en Calama, un caserío con tres mil almas y pretensiones de ciudad, lo que ha conseguido en parte por la idea gubernativa que le concedió no ha mucho el título pomposo de capital del Departamento del Loa...

Mi abrigo, que dormitaba mansamente en la canastilla del wagón, me sirve mucho ahora; pues en Calama hace un frío resuelto y cortante. Ya se advierte una diferencia de varios grados con el medio día aplastador. Las bocas de horno de la pampa han sido reemplazadas por la humedad friolenta del Loa y por un aire, penetrante e incisivo, que baja de Chuqui.

A ratos se ilumina la montaña y unas lenguas flamígeras, azules, verdosas y rojas, se acentúan en el anfiteatro de luces del fondo.

Calama, pueblo estúpido, que actualmente cuenta con un gobernador, era entonces una aldea grande y miserable, que en lo espiritual regía un cura rumano, bondadoso, simpático y poliglota, cuya jurisdicción estaba vecina a la de un Club Radical, garito disimulado con bien poca prudencia y todo no muy lejos de una plazita potrerrillo. El conjunto resultaba una verdadera calamidad.

¡Pueblo en embrión, caricatura de pueblo!

Calama, como las demás poblaciones pampinas de escape libre se halla poblado por innumerables lupanares, donde se canta, se baila y se remuele en forma fantástica. El Cura nos contó que una vez tuvo que auxiliar a una pobre mujer. Al pasar por la calle triste, todas se santiguaron con dolor, con respeto. Y la otra murió, como mueren todas, unas más trágicamente que las demás, pero siempre identificándose en una común tragedia.

A unas las precipita el tiro brutal del minero o el bote-

llazo traidor; a todas casi las ahorca lentamente, con sorda estrangulación, la tisis, la anemia o la otra, la fea, la inabordable.

Calama ¡Calamidad! Pueblo con muchos garitos y prostíbulos. Pueblo que hoy es capital de un departamento grotesco, con un biógrafo y una plaza potrerillo; tiene indias bolivianas legítimas y yankees auténticos que bajan de Chuqui. Lo peor que encierra es la imitación del Far West...

En Calama estamos a 239 kilómetros de Antofagasta, hallándose el pueblo a 2,265 metros sobre el nivel del mar. Calama en el tiempo de los Incas era ya un centro productor de cobre y a sus puertas se halla el mineral, cuya vida motiva este libro.

En el kilómetro 254 está el corto ramal, de 10 kilómetros de largo, que conduce al mineral de Chuquicamata situado a 2,694 metros sobre el nivel del mar, y del que es propietaria la Sociedad «The Chile Exploration Company».

Como un detalle curioso y que pinta muy bien la inercia chilena y el carácter de nuestra raza, diremos que hace años, un distinguido ingeniero visitó, enviado por una sociedad en formación, con capitales nacionales, el mineral de Chuquicamata. Comprendió el ingeniero que se encontraba ante una riqueza deslumbrante y como todavía la penetración yankee no llegaba a esta zona, informó a los capitalistas que lo enviaron, diciéndoles que gastando \$ 200,000 para comenzar, se harían espléndidos trabajos de reconocimiento. Se halló exagerada la suma y más aun la de medio millón que se pedía para hacer un ensayo efectivo y así se efectuó el fracaso del trabajo de Chuqui-

camata con capital nacional. El ingeniero citado es el señor Carlos Barriga.

Hoy día Chuquicamata produce más de 600 toneladas diarias de cobre puro. Como se ha escrito mucho sobre la producción del mineral y no deseamos ser aburridos, copiamos el siguiente artículo de la revista «*Mining and Metallurgy*» que hallamos muy interesante y dará luz sobre el poder productor de Chuquicamata:

## Chuquicamata

### UNA OPINIÓN SOBRE EL CÉLEBRE MINERAL

En la conocida revista «*Mining and Metallurgy*» hallamos una carta escrita por Mr. John D. Ryan a los accionistas de la Compañía Anaconda, en que les describe la Chile Copper Company, sin duda como un trabajo informativo cuando se hacía la vasta negociación que ha amalgamado Chuquicamata con la otra gran empresa.

He aquí sus términos, que tienen un gran interés para los que siguen la vida minera del país:

«El cuerpo mineralizado tiene alrededor de 8,000 pies de longitud con un ancho término medio de 554 pies y contiene 212 millones de toneladas de mineral oxidado de una ley media de 1.9 por ciento de cobre estimada por el señor Hellman; 238 millones de toneladas de ley media de 1.82 por ciento de cobre, según la estimación del señor Lindgren; o 230 millones de toneladas de una ley media de 1.75 por ciento de cobre, según la estimación del señor Rickettes hecha para vuestra Compañía; en adición

de 180 millones de toneladas de mineral cubicado, mezclado y sulfurado de 2,865 por ciento de ley. El total del mineral positivo y probable es de más de 700 millones de toneladas con los sondajes más profundos que todavía están dentro de la capa de mineral de buena ley.

La mina ha sido desarrollada y equipada con palas eléctricas y a vapor capaces de remover 43,000 toneladas de mineral al día con un rendimiento de 75 por ciento. El equipo es moderno y eficiente. Las operaciones de explotación se iniciaron el 18 de Mayo de 1915 y desde esa fecha hasta fines de 1922 se han producido aproximadamente allí 620 millones de libras de cobre electrolítico. La práctica metalúrgica es especial. El mineral chancado, para pasar por malla de  $\frac{1}{4}$ ", es lixiviado en grandes tanques abiertos con ácido sulfúrico diluído. La solución es electrolizada con un ánodo especial de cobre silicio que ha reducido considerablemente el costo.

El porcentaje de la recuperación del cobre se ha mejorado notablemente desde 66,87 por ciento durante los primeros estudios experimentales efectuados en 1915, a 77,15 por ciento en 1916, 81,8 por ciento en 1917, 88,2 por ciento en 1918, 86,0 en 1919, 89,68 por ciento en 1920, 91,07 en 1921, y un término medio de 90 por ciento de recuperación de los óxidos se considera como prudente. Durante este mismo período el costo de la libra de cobre, sin incluir intereses ni depreciación, ni agotamiento de mineral, ha descendido de 16,34 cents. en 1915 a un término medio de 6,4 en 1922, costo que ha bajado a un máximum de 5,63 cents. en Octubre de 1922 para el cobre entregado al consumidor.

La producción se mantiene ahora en un promedio de cerca de *200 millones de libras al año* y con las instalaciones completadas con los nuevos ánodos en todas las secciones, deberá llegar a un promedio de *225 millones de libras por año* para el mes de mayo del presente año, con un ligerísimo aumento de inversión de capital. Con esta producción y con un promedio de 15 cents. la libra y a 8 cents. de utilidad, el cuerpo mineral ya cubicado, con una vida de 33 años por delante, rendirá \$ 594.000,000 de dólares para hacer frente a los intereses sobre los bonos, a los gastos de depreciación y de agotamiento del mineral.

Situadas debajo de este gran cuerpo de mineral oxidado existen más de 235 millones de toneladas de minerales mezclados, óxidos y sulfuros y adicionalmente todavía una inmensa masa de minerales sulfurados, que aún no están definitivamente desarrollados, formando un conjunto en total de más de 700 millones de toneladas. Antes de que se concluya de explotar el cuerpo de mineral oxidado, que es el único que se beneficia por ahora, existen muy pocas dudas de que se llegue a perfeccionar los métodos para beneficiar los minerales mezclados; pero aún en el caso de que no se realizaran estos perfeccionamientos, estos minerales mezclados; pueden beneficiarse de manera que arrojen un rendimiento de utilidades sustancialmente tan importante como la que proporcionan los óxidos, por cuanto la ley superior de estos minerales compensará sobradamente un costo adicional en el beneficio».

\* \* \*

El automóvil nos condujo en poco más de media hora hasta la plaza del Campamento Nuevo. El camino es fácil y se hace por una huella de arena, parecida a las que existen en la pampa salitrera. A medida que se acercaba al mineral crecía nuestra curiosidad para ver esta vastísima obra del capitalismo norteamericano, sobre cuyo alcance tantas opiniones divergentes habíamos oído. La defensa de los intereses de la Chile Exploration Company en el país se halla encomendada a un sinnúmero de propagandistas interesados.

La prensa inserta a este respecto continuos artículos de elogio, en los cuales se hace derroche de fantasía y toda suerte de comentarios favorables a ese Edén del Norte, verdadero espejismo que atrae millares de hombres salidos de todas partes, tras la ruta deslumbradora de la riqueza y en pos de los ideales más fascinadores de bienestar material...

Conviene a este respecto recordar dos casos recientes y llenos de típica resonancia. Don José Santos Salas, visitó el mineral rodeado de un séquito brillante de parásitos, áulicos y gente que se aprovecha de las ocasiones para pasear gratis. Entre esta comitiva pintorescamente fastuosa se hallaba la escritora femenina Doña Elvira Santa Cruz Ossa (Roxane), redactora de «El Peneca» y de la vida social de «Zig Zag», socióloga y otras cosas. A su lado brillaba la mediocridad adicta a todos los go-

biernos de una serie de empleados públicos. También estaba el cuentista criollo Rafael Maluenda y el Jefe de la Inspección de Bienes Nacionales, Raimundo de la Cruz Silva... El Doctor Salas, entonces Ministro de Higiene y Previsión Social, que después lo condujo a una aventura política, visitó algo de Chuquicamata y se impuso ligeramente de su planta y edificios. La mayor parte de su estada—, esto nos consta por haberlo visto—, se redujo a comidas, banquetes y recepción en el Chilex Club...

Los sociólogos y la socióloga salieron encantados del mineral, del que conservaron gratos y agradecidos recuerdos. Roxane retribuyó los agasajos en un artículo que publicó «El Mercurio». Ahí se habla de las grandezas imponderables de Chuquicamata, innegables, por cierto, al ser miradas desde el punto de vista material; pero no paró en esto su delirante entusiasmo...

Roxane dice que las habitaciones obreras son espléndidas y que en ellas de nada se carece, ni de luz, ni de agua, ni de baño, faltando no más que se llevara a los obreros a sus domicilios en automóvil... Así se hace la historia y lo peor del caso es que Roxane no visitó ni por casualidad las casas de los trabajadores, no viendo sino lo que quisieran que viera

Poco después Don Darío Urzúa visitó Chuquicamata y también salió encantado. El ex-diputado conservador, que fué Alcalde de Providencia y es Comendador del Santo Sepulcro, no observó nada de particular tampoco, limitándose a contar en una publicación que hizo «El Diario Ilustrado» lo admirable que es ver un tiro de varias toneladas en la mina... El señor Urzúa estaba,

además, muy ocupado en organizar la Semana del Salitre ..



Estamos en Chuquicamata, de donde hemos salido algo para divagar.

El conjunto, al ser visto de noche (y siempre se llega de noche a Chuqui), es sencillamente imponente y tiene relieves grandiosos. En el fondo se ve la masa negra de la montaña roja, donde se anida el cobre, serpenteada de innumerables luces. La fundición arroja formidables bocanadas de humo espeso y rojizo. Los edificios de las maestranzas y otras dependencias se ven iluminadas, presentando aspectos grandiosos. En la Plaza del Campamento Nuevo se ve un hermoso kiosko en su centro, erigido con un costo de cuarenta mil pesos. A un lado se halla la Iglesia Parroquial Católica, estilo misión, de elegante y airosa silueta. A un costado de ésta se nota la sobria y elegante Casa Parroquial. Todo un frente de la Plaza está ocupado por construcciones comerciales y por el Teatro Chiléx. Aquí todo, la botica, el club, el teatro, la revista, tiene por extraña ironía este nombre Chile... No; nos equivocamos es Chiléx, así yankeeizado...

Al llegar a Chuquicamata, si el que llega es persona de calidad, se le conduce a la Casa de Huéspedes, elegante mansión situada en el Campamento Americano, donde se aloja a todos los caballeros que visitan el mineral.

Como en nuestra primera visita a Chuquicamata todavía íbamos en calidad de personas decentes, no de huéspedes indeseables como nos ocurriría quizá ahora, se no quiso conducir a la Casa de Huéspedes, bajo la tutela cariñosa y simpática de Mr Matthew Wilson; pero teníamos un buen amigo que nos evitó recibir la hospitalidad, no siempre gratis, de la Chile Exploration; pues a cierta clase de huéspedes se les cobra algo así como tres dólares diarios por su estada en tan cómodo y elegante recinto donde hay baño, sala de recibo y un mozo chino, un «china man» ágil, limpio y silencioso, que discurre misteriosamente por suaves «parquets» y pisos de goma...

Tal es, en blanda síntesis, lo que nos pasó la primera vez que permanecemos en Chuquicamata. Como tanto otros, llegamos, estuvimos y regresamos otra vez.

¿Atisbamos algo siquiera de lo mucho que hay que ver?

Casi nada, si no hubiera sido por nuestra curiosidad de investigadores. Visitamos la mina rápidamente, conducidos por un «cicerone» yankee y en la compañía del Cura Párroco, Presbítero Don Francisco Villacampa; después nos mostraron la fundición, la Casa Verde, la Pulpería, el Teatro, el Chilex Club, donde comimos; y por fin se nos dijo que no había más que ver.

Y una buena mañana regresamos, muy frescos, muy tranquilos, tal como habíamos llegado.

Casi un año más tarde, sin ser huéspedes ni nada, no tocó ver, palpar y sentir durante un período largo de seis meses, lo que es Chuquicamata.

El resultado de esa estada es lo que verá el lector si tiene la paciencia de seguir leyendo...

\* \* \*

Digamos algo ahora de la psicología del «yankee» de Chuquicamata.

Antes que nada conviene hacer resaltar que no es nuestra intención envolver a todos los norteamericanos en el calificativo genérico que merecen los que pueblan Chuquicamata y la peculiarizan con sus hábitos, no siempre recomendables. Los yankees de Chuquicamata tienen la modulación íntima de aquel tipo que pinta un novelista norteamericano, Henry Sidnor Harrison, en su deliciosa e irónica obra *Queed*. Se trata de un hombre delicado, idealista, pulcro, estimable, es decir, todo un hombre. Este hombre estudiaba filosofía y leía a Augusto Comte... Otro yankee—he ahí *el típico*—, dice: ¡Caramba! Un hombre que lee a Comte no puede ganar más de 1,800 dólares anuales.

«As a wealthy old friend of mine once remarked, people who read that sort of books never make over eighteen hundred a year». (*Queed*, P. 10).

La clase social, la educación y la cultura de casi el noventa por ciento de la población norte americana del mineral es de ínfima calidad.

Los ingleses que ahí hay no le van en zaga; el resto de los extranjeros, salvo la población escandinava, que es culta, distinguida y sabe tratar debidamente a los subalternos chilenos, bien poco vale también.

Casi todos los yankees que se hallan en Chuquicamata han salido de Estados Unidos ávidos de ganar dinero; no poseen, por lo tanto, gran sentido moral, el que tampoco

se les ha refinado mucho, digámoslo sinceramente, en contacto con los chilenos; pues éstos, por desgracia, bien poco han hecho por ganar algo en la estima norte americana, con acciones dignas, laudables o conservando íntegra su fisonomía ética. El chileno, por lo general, es bizarro, activo, enérgico, dado a la bebida, indócil y orgulloso. Sus defectos los compensa con sus brillantes cualidades. No obstante el chileno carece de iniciativas propias en el trabajo y de él raras veces surgen impulsos recomendables de perfeccionamiento, de mejora colectiva. El chileno es trabajador; pero no provee nunca para las necesidades del porvenir. Casi siempre vive al día. También es idealista, pendenciero, amatonado y amigo de andar en motines, peleas y «farras».

Este tipo existe en Chuquicamata—no lo negamos—, pero ahí no surge. En cambio, a su lado ha aparecido un *ejemplar raro de hombre, el chileno arribista*, el molusco que se afirma sólidamente a la roca de la dominación extranjera, imitando sus vicios y defectos, exagerándolos y compartiendo con el yankee y, lo que es peor, con el judío yankee, sus caídas, sus miserias físicas y morales y aún más, sirviéndolo contra sus compatriotas.

Si hemos de ser francos en este esbozo, diremos que la parte más sana de Chuquicamata, entre los chilenos, debe buscarse en centenares de obreros laboriosos, honestos y tranquilos, que viven ajenos a todo, en callada resignación aborígen, al margen de las cosas, royendo su impotencia física para protestar y arrastrando su impotencia moral para rebelarse...

En esta gente el comunismo no ha echado raíces. Es gente tímida, mucho quizá será orgullosamente sober-

bia y dirá: ¿Si no hemos de vencer, a qué luchar? La mayoría de la población chuquicamatense—tanto entre los obreros como entre los empleados—es salida de la provincia de Coquimbo, cuyas sequías dolorosamente trágicas, despueblan los campos y producen el más triste «absentismo». De ahí ha salido el más alto tributo pagado a la montaña roja del cobre, a la incansable productora que ha sido, según la típica designación de Antonio Pinto Durán, «el cementerio de la raza».

El resto de los obreros de Chuquicamata son nómades. Entran y salen, en grandes bandadas, como aves de paso, atraídas por el brillante espejismo del dinero, de los crecidos salarios ofrecidos por enganchadores inescrupulosos, pero que en la realidad no existen.

Salen después, roídos por amarga desesperación, cuando no quedan en la mina, sepultados por un tiro fulminante o perdidos en un pique sombrío, para engrosar la numerosa grey de los descontentos que aumentarán las filas del comunismo y de la rebelión social, cuyo incremento se debe a la mal entendida política de los dirigentes yankees del mineral.

Si ha sido un imperdonable error yankee, debido principalmente a la baja calidad de sus empleados del mineral, la falta de penetración en la psicología chilena, no menos grave ha sido el de nuestros compatriotas que se han hecho dignos, con creces, de merecer los más duros calificativos, desde el Abogado de la Chile Exploration Company en Chuquicamata, Don Carlos Cruzat Lavín, instrumento dócil de los caprichos absorbentes del capital extranjero, hasta muchos de los empleados subalternos y capataces,

verdaderos expoliadores de sus obreros e inferiores e jerarquía.

Con todo, muchos de los males ocurridos en Chuquicamata se remediarían con mejores procedimientos aun en el sistema de explotación. El defecto fundamental de Chuquicamata es debido a los malos salarios. Lo que poco cuesta poco vale. Antiguamente se pagaron crecidos salarios a los empleados y obreros chilenos; pero empleados nacionales sometidos al capricho yankee, despertaron la codicia creciente de los norte americanos e indicaron la conveniencia de no pagar en dólares a los obreros criollos. Antes estos ganaban buenos salarios, pero hoy día no sucede lo mismo, sino en casos muy raros y contadísimos.

Se nos objetará que hay mucha oferta de trabajo que Chuquicamata ha mantenido sus fuegos durante los duros y penosos años de la guerra, sosteniendo una población fabril de trece o más miles de almas; que de ahí ha surgido bienestar, pan y ocupación para centenares, millares de chilenos, etc. Como probaremos más adelante, estos no son más que sofismas, que en nada afectan nuestros argumentos. Aun suponiendo que fuera exacto con lo cual intrínsecamente no ganaríamos, al fin y a la postre, sino el gran hoyo dejado por los explotadores, existe un hecho todavía que conviene analizar. El bienestar social está ligado a la estabilidad del hogar obrero, al afianzamiento de numerosas y activas familias de trabajadores en un recinto fabril. Pues bien, los yankees ganarían más si en vez de llevar vez tras vez al mineral, enganches que resultan fracasos y terminan en desbandes, aumentarían los salarios y la estabilidad, por ende, de los trabajadores serios, competentes y honrados que ahí existen.

De este modo acabarían suprimiendo un factor de increíbles trastornos sociales para sus mismos intereses económicos. No se ha querido ver la raíz del mal, prefiriéndose la situación actual, que día por día se torna más difícil, a un remedio radical y certero de la anarquía del trabajo.

No obstante se han afirmado, año tras año, varias familias en Chuquicamata. Calladamente ocultan su descontento muchas; otras suelen hacerlo visible y entonces pagan cara su osadía; en fin, hay quienes prefieren la derrota a la lucha y se encierran en un sordo mutismo, ocultador de angustias y dolores sin nombre.

En este medio propicio al desborde de todas las pasiones, de todas las soberbias y de todas las rebeliones, ha surgido también, como una flor de pantano, la adulación lisonjera del poderoso, la flexibilidad dúctil de la espina dorsal, el lacayismo más servil y rastrero que conocemos...

Y así se ha formado una sociabilidad burda, sin personalidad, sin virtudes, que imita todo lo malo de los yankees, sin poseer ninguna de sus cualidades.

El yankee bebe; pues el chileno adulón bebe a porrillos... El yankee juega; el chileno adulón se empeña a trueque de ponerse «a tono» con la mediocridad del norte americano... El yankee es mujerero; el chileno adulón es capaz de entregarle su propia mujer o su hija a trueque de equipararse a su modelo. Las altivas virtudes de la raza, que en otro tiempo la hicieron inconfundible en Sud América, ahí han naufragado en una orgía de bajezas, adulaciones y porquerías de toda clase.

El yankee, de escasa penetración psicológica y que confiaba más en la fuerza bruta de sus bayonetas y en los caño-

nes de sus acorazados, ha confundido en una común designación a todos los nacionales, envolviéndolos en una genérica calificación despectiva: *el nativo, el «blackman»*.

No olvidamos todavía una anécdota significativa: el Gerente del National City Bank—si mal no recordamos— en la propia capital de Chile y en un documento que reprodujo toda la prensa, habla de las pretensiones, para él insolentes, de los nativos, de los empleados criollos...

Un modesto «suche» tuvo una actitud digna entonces: envió los padrinos al ofensor si no retiraba éste tal calificativo lleno de indecible desprecio. El norte, por desgracia, es un inmenso campamento abierto a todos los vientos y recibe el residuo de todas las mareas del mundo, lo mismo que las escorias humanas acoge los metales de calidad. Ahí se juzga el valor por lo que se tiene; ahí se vale por lo que se pesa en oro. Lo demás es candor, ilusión.

El chileno que surge en esas tierras no siempre es el mejor. Por eso el astuto, el fariseo, el rastrero desplaza al honrado, al inteligente, al laborioso. La simulación en la lucha por la vida entra mucho en esa manera de ser y de obrar. Un hombre puede trabajar poco en Chuquicamata; pero valer mucho ante los ojos de su jefe. Existe en el mineral un empleado astuto y opaco, cuya vida y obra para muchos es un misterio y para otros una realidad viscosa como la escama de un reptil... Se llama Oscar Hidalgo y gana según un documento que tenemos a la vista, 240 dólares o sea 2,060.70 pesos chilenos. Este sueldo parece imposible de alcanzar para la mayoría del personal chileno y hay centenares que por lograrlo harían toda clase de sacrificios. Si Hidalgo fuera un hombre excepcional, inteligente o competente en algo, se comprende que

eso y más pudiera ganar sin que nadie se extrañara. Está empleado en la Sección Costo de la Oficina General y de ahí ha sido sacado varias veces, con motivos diversos, a otras secciones, como la Construcción, etc.

Coincide, por manera curiosa, la salida de Oscar Hidalgo con sucesos y movimientos en las secciones a donde es trasladado. Una vez la Compañía le dió facilidades, lo cual no pasó con otros, para trabajar en la elección de mesa de la Federación de Empleados Particulares, que estaba en formación debido a las recientes leyes sociales dictadas después de la revolución de Septiembre de 1924.

Hidalgo en ese tiempo no atendía su trabajo y disponiendo de dinero, automóviles y toda clase de facilidades. Esto le permitió ser elegido fraudulentamente Presidente de la naciente institución, que en sus manos murió...

Sobre esta elección existen preciosos datos en el archivo de la Unión de Empleados de Chile de Antofagasta, cuyos libros hemos revisado. También puede dar luminosas noticias sobre Oscar Hidalgo, la Caja de Ahorros, a la cual éste perteneció en Quillota y el señor Alfonso Hartwig, quien salió de Chuquicamata debido a las persecuciones de Hidalgo y otros secuaces de su obra anti-chilena y hecha con evidente desmedro de los empleados particulares.

Nos ocuparemos más ampliamente en este anacrónico personaje cuando hablemos de la política y de la Chile Exploration Company, que otros llaman picarescamente Chile Explotation Company...

Como este empleado hay muchos, cuya obra veremos en otro lugar...

\* \* \*

Los crecientes desbordes y atropellos de la soberanía nacional causados por los norte americanos podrían ser detenidos por autoridades enérgicas y sanas. Por desgracia en la provincia de Antofagasta no sucede esto y lo más malo de lo malo ha regido esa desgraciada región. Antofagasta ha tenido intendentes como Armando Rojas Richards, instrumento vil del Presidente Alessandri, jueces como el tristemente célebre Arturo Briones Luco y Carlos Roberto González, mezclas todas de arribismo sórdido, de cobardía moral y de espíritu menguado, comercial y vividor. Agréguese a lo dicho que la Chile Exploration Company distribuye dádivas suculentas y se verá si es posible detenerla en sus hazañas. Como estos cargos generales pueden ser acusados de falsedad, vamos a dar datos concretos sobre las actividades de sus gestores. En Antofagasta hubo un diario llamado «La Nación». Se comenzó ahí una campaña contra los abusos cometidos en Chuquicamata y con motivo de una visita de uno de sus redactores, el señor Rogelio Romero, el Gerente de Negocios de la Chile Exploration le ofreció la suma de \$ 10,000 como recuerdo de su estada en el mineral. . .

Este hecho, que causó grandes comentarios y un vivo escándalo, puede verse analizado junto con sus antecedentes, revisando la colección, del citado diario.

\* \* \*

Uno de los cargos más serios hechos a la Chile Explora-

tion Company y que ha motivado las protestas más vivas de sus gestores es el de su intervención en la política nacional por medio de subvenciones dadas a políticos, por coimas y comisiones y por la intrusión en asuntos electorales. Para nadie en Antofagasta es un misterio la facilidad dada por la Compañía a Don Héctor Arancibia Lazo, quien en sus trabajos electorales tuvo toda clase de facilidades en el mineral sobre su contendor Don Antonio Pinto Durán. El abogado de la Chile Exploration en Antofagasta, el distinguido político conservador don Alberto Bahamondes Ramírez, por aquel tiempo recibió la notificación de que sus servicios ya no eran necesarios. Esto, según se ha hecho notorio, se debió a una insinuación del yankófilo presidente Don Arturo Alessandri Palma, que entonces regía como dictador a Chile. Las actividades electorales del señor Arancibia Lazo eran capitaneadas en Chuquicamata, entre otros por el abogado, por no decir tinterillo, Don Carlos Cruzat Lavín, caballero que se decía de ideas conservadoras y quien, por esto, fué severamente amonestado por el Directorio Departamental Conservador de Antofagasta, que apoyaba la candidatura del señor Pinto Durán.

El señor Cruzat se deshizo en toda clase de explicaciones, que no bastaron para quitarle el sambenito oprobioso de traicionar sus ideas por servir insinuaciones de Mr Wilfredo Baseden, Gerente de Negocios de la Chile Exploration.

Otro caso típico es el de Mr Walter Perkins, quien es considerado vulgarmente como uno de los altos gestores de la Compañía. Este caballero, hombre de vivo talento y uno de los más instruídos y diligentes empleados yankees

del mineral, se acercó al distinguido abogado de Antofagasta, Don A. B., quien nos contó íntegramente el caso, para consultarlo sobre si podría o no pagar una coima de cincuenta mil pesos al juez Don Carlos Roberto González de la misma ciudad.

Inútil es agregar la recepción que el abogado dió a Mr Perkins...

\* \* \*

Donde la intervención yankee en política ha sido más activa es en el vecino pueblo de Calama, en cuyo municipio se ventilan cuantiosos intereses. Calama, pueblo de tres mil almas, intrínsecamente tiene poca importancia. Pero su valor estratégico de antes, aumentó por su valor administrativo de hoy que tiene gobernador, juzgado, notaría y otras oficinas públicas donde suelen pasar expedientes que representan a veces millones. El dominio de la municipalidad de Calama siempre ha tenido interés para la compañía americana, pues de este depende el «control» de los impuestos municipales y aun cierta influencia política general que repercute en las elecciones de senadores y diputados por la provincia.

La Chile Exploration Company dice no tener preferencias señaladas hacia ningún bando o partido político; pero, por lo general, de su acción sale beneficiado el Partido Radical. Solamente combate públicamente a los comunistas y a los grupos denominados asalariados, pues en ellos ve una bandera abiertamente hostil y representativa de la resistencia y aún de la rebeldía social.

En el partido radical, cuya gente en el norte es fácil-

mente dúctil y maleable, ha encontrado valiosos servidores y abnegados gestores. Por esto la Chile Exploration Company, por más que lo niegue calurosamente, tiene mucho interés en asegurar a un grupo de radicales, repudiados por la gente sana de ese partido, el predominio en el municipio de Calama.

El Alcalde de Calama es actualmente el ex carabinero, de triste memoria, Enrique Maturana, de ideas radicales, quien ha servido como un perro leal y bien mantenido los intereses del capitalismo norte americano.

Para secundarlo hábilmente era necesaria la conquista de la dirección de la Asamblea Radical de Chuquicamata, la cual proclama los candidatos y controla las elecciones.

Esto se consiguió por manera inusitada y hecha en forma burda, allá por Agosto, más o menos, del año 1925. Dirigió antes con acierto a los radicales, hasta que la Compañía le pidió que no lo siguiera haciendo, el distinguido Dr. René Rodríguez.

En Chuquicamata hay más de 200 radicales electores, quizá 300, y todos están inscritos en los registros de la Asamblea Radical. Antes de la elección, que se hizo en un sitio denominado «El Polvorín», todas las actividades electorales del partido quedaron entregadas en manos de la Guardia especial, dirigida por su jefe Enrique Maturana, el ex carabinero, de la misma familia tan célebre por los sucesos de Lampa... En vez de 200 o más votantes fueron a la elección nocturna, de la cual salió una mesa anodina, del Partido Radical, unos 30 guardias especiales y unos pocos asambleístas curiosos... Fué elegido Presidente de la asamblea, Oscar Hidalgo, hechura de la Compañía y de Maturana, por unos 37 o 38 votos... Los radicales

verdaderos se indignaron, protestaron, rabiaron, pero Hidalgo se quedó riendo de sus impugnadores.

Los detalles internos de esta elección, que luego se hicieron públicos, nos fueron proporcionados por Don Juan Vargas, quien salió elegido, no obstante, Vice-Presidente de la Asamblea Radical de Chuquicamata y en su oportunidad se publicaron en «El Mercurio» de Antofagasta...

Antes de esta elección pasaron cosas irregulares como la de llevarse los registros de la Asamblea Radical al recinto de la Oficina General, donde Hidalgo quiso hacer firmar sus registros a dos jóvenes de ideas conservadoras, subalternos del candidato, los Señores Carlos Larraín Torres y Ramón Román Fabres. Como se protestara de tal hecho incorrecto al Señor Cruzat Lavín, abogado de la Compañía, éste hizo la farsa de que tal asunto molestaba a ésta; pero una noche que nos hallamos nos dijo: *No hay que fregar a Hidalgo, compañero, porque será un buen auxiliar de la Compañía y es de su confianza...* ¡Qué tal!

Como que todo esto fuese poco, hay otro antecedente más interesante aún: la Chile Exploration no solamente hace servir a su Guardia Especial los intereses de su amaño, sino que quiso que uno de sus altos empleados lo efectuara.

Hará tres o cuatro años, como nos contó el interesado ante respetables testigos, Mr Walter Perkins, *el inevitable*, se acercó a Don Laureano Miranda, jefe de la Oficina de Pagos, y le ofreció \$ 5,000 para que se presentara de candidato a municipal por Calama.

El señor Miranda rehusó este presente griego hecho con fondos de una compañía extranjera...

\* \* \*

Como corolario de lo dicho debemos añadir que las autoridades con que se topan los norte americanos no son modelos de pundonor y moralidad.

Por esto su desprecio, muy merecido por lo visto, envuelve falsamente a las demás autoridades nacionales, cubriéndolas a todas bajo el título despectivo de *nativos malditos*... («damned natives»).

En Calama, pueblo de opereta y lleno de intrigas, porquerías y maledicencias, los norte americanos han visto un circo burdo; pero ese no es Chile. Será, cuando más, como lo es indudablemente, un engendro de Chile Nuevo, del Chile de los Alessandri, los Maza, los Salas, los Arancibias Lazos, los Briones Lucos, los Rojas Richard, los Gaspar Moras; pero ese no es Chile, no puede ser Chile. En Calama donde hay un Gobernador débil, aunque no venal, donde hay un notario débil, donde todo es debilidad y complacencia, es probable que los yankees encuentren corta la apreciación de Mr Samuel G. Inman, autor de muchos libros sobre Hispano América y profesor de Historia Latino Americana en la prestigiosa Universidad de Columbia, que aparece sustentada en *The Atlantic Monthly* y que reza así: «Las repúblicas americanas se dividen en tres grupos: el primero comprende a las naciones donde los norte americanos han puesto el fusil de sus marinos al servicio de sus intereses económicos. En este grupo figuran Cuba, Haití, Santo Domingo, Honduras, Nicaragua y Panamá. En el segundo grupo están incluídas las naciones que están sometidas al consejo financiero de

los Estados Unidos, y que si aún no han sido ocupadas militarmente, pueden serlo de un momento a otro. En ese grupo figuran Colombia, Perú, Bolivia, Ecuador y San Salvador. El tercer grupo donde el capital norte americano prepondera, pero sin el control oficial, está formado por México, Costa Rica y Guatemala».

Dios quiera que nuestra nación no se halle incluida en ninguno de los fatales lotes asignados por el profesor yankee a las desdichadas naciones sud-americanas, donde la soberanía nacional comienza a ser la sombra de una sombra.